

## CAPÍTULO I

### LA ÚLTIMA Y NOS VAMOS

14 de diciembre de 2008

Era domingo. Aquella mañana me costó levantarme de la cama mucho más de lo que suele ser habitual, después de varios intentos fallidos de abrir los ojos. La noche anterior había trasnochado, celebrábamos el cumpleaños de un buen amigo, Miguel Ángel.

A él lo conozco desde hace más de dos décadas. La primera vez que lo vi fue un verano, allá por el año noventa y dos, en la piscina de un residencial situado en Retamar (Almería). Mis padres compraron allí un dúplex para evadirse del entorno laboral y pasar los meses más caluroso del año entre piscinas, playas y algún que otro chapuzón. Miguel es ese tipo de personas de las que te llevas dos impresiones muy contradictorias. La primera, aquella que corresponde al primer contacto visual, parece ser un chico serio, distante e infranqueable. La segunda y todas las demás, es cuando te das cuenta que las apariencias engañan o quizá sean los ojos quienes mientan al no saber ver la personalidad. Después de un primer saludo casi obligado, corto y breve, seguido de un -“¿Qué tal?”- nació de su boca una enorme sonrisa, esas que ponen al descubierto tu dentadura. Continuó con un apretón de manos, de los fuertes, de aquellos que te hacen crujir los dedos y deseas que te suelte inmediatamente y a partir de ahí empezó a enhebrarse una sincera amistad. Es un chico alto, algo más de un metro y ochenta centímetros, con ojos color del mar en los días despejados, con unas facciones muy marcadas. Su cabello es rubio, lo lleva corto. Pero si hay una cualidad destacable de Miguel y no se puede ver con los ojos, es su noble corazón. Es por ello que le llamo con el apelativo de PTLV, amigos que aparecen cuando más los necesita.

Vayámonos a la noche anterior para empezar a contar esta historia.

Aquella fría noche de sábado celebrábamos su cumpleaños. Creo que eran treinta y seis las velas que debía soplar, pero no puedo asegurarlo porque obviamos la tarta, con ello las velas y porque nunca pregunto a nadie su edad en ese día. Quizá porque a mí nunca me gustó que me lo preguntasen o quizá porque era lo de menos. Sabíamos lo que se merecía y teníamos que hacerle sentir ser protagonista de la noche, la edad debía ocupar el lugar pequeño de la fiesta y la dejamos olvidada en casa.

Cómo en toda celebración o motivo de fiesta, no podían faltar las risas... unas veces a causa de un buen chiste y otras por los efectos del alcohol. Después de varios brindis por la amistad, de promesas perdidas, de acordarnos de las mujeres que amamos y aquellas que nos gustaría amar, se escuchó esa frase que hizo enmudecer la música del local ¿la última y nos vamos? Nos miramos unos a otros, éramos más de los que salimos, justo el doble y derivamos la responsabilidad de decidir al protagonista de la noche. Se alargó unas cuantas copas más....

A las diez de la mañana sonó el despertador, no sabría decir cuántas veces. La canción de la Fuga “Páquí p`allá” era quien ponía la melodía al comienzo del día. Las sábanas seguían pegadas a mí, al igual que mis pestañas. Cuando al fin logré ponerme en posición vertical y sentí el frío del suelo en mis pies desnudos, corrí deprisa de puntillas hacia el cuarto de baño. Me miré al espejo, creo que él se apartó. Con los ojos medio abiertos y con una cara desmejorada mi interior habló en voz baja diciendo:

¿Dónde crees que vas con esa cara? ¡¡ Estás hecho polvo!!

Tenía razón, era cierto, apenas había dormido cuatro horas pero había un motivo que me ayudaba a levantarme de la cama. Siempre me consideré una persona comprometida con algunos aspectos de la vida, no con todos, pero sí con ella, la formalidad. La semana anterior me comprometí, sin alianzas ni curas de por medio, a que acudiría a jugar ese partido aun sabiendo que tenía un cumpleaños la noche anterior, que con toda seguridad trasnocharía y que el partido no era, en absoluto, relevante en cuanto al resultado.

Una vez aseado y con los ojos casi abiertos del todo, volví al dormitorio para preparar la mochila con la ropa que llevaría al partido y en donde el despertador volvió a sonar.

Poco tardé en dejarlo todo listo para marcharme. Sobre las diez y media de la mañana había quedado con otro buen amigo, Raúl (PTLV), en una cafetería que había dos manzanas detrás de casa llamada “Oban Bay”. Aquel día él estaba lesionado, aunque sólo tenía unas ligeras molestias en su tobillo izquierdo que no le permitía ayudarnos a minimizar la goleada. Le esperé en la puerta de cafetería, con la mochila a mis pies y ya con los ojos bien abiertos, hasta que poco antes de apuntar la aguja grande del reloj el seis, apareció con su coche nuevo, un Volkswagen Golf, de color negro. Una de las cosas pocas cosas que gustan de los coches recién comprados es su olor. Creo que alguien debería plantearse inventar ese perfume.

Desayunar allí antes de cada partido formaba parte de nuestro ritual, era un aspecto insustituible de nuestra concentración y no queríamos perder las buenas costumbres.

Una vez sentados en mi mesa preferida, aquella donde nadie te ve pero tu puedes observar todo lo que ocurre desde ella, pedí a la camarera un café bombón con media tostada de sobrasada. Raúl tomó un café con leche y media tostada mixta.

Durante el desayuno que no podía alargarse en el tiempo, hablábamos de la actualidad de la liga española y poco después, como de costumbre, de la actualidad de nuestro equipo. Volvimos a hacernos la misma pregunta de cada domingo: ¿Cuántos goles nos marcarán hoy?, quizá deberíamos empezar a preguntarnos: ¿Marcaremos algún gol en algún partido? Creo que podría ser algo más motivante.

Perder forma parte del juego y de la vida, pero a mí nunca me gustó hacerlo y mucho menos darlo por hecho antes de empezar. Creo ser una persona competitiva, pero es cierto que para poder jugar en este equipo tenías que asumir esa situación, era la más repetida, así que... o lo hacías pronto o acababas llevándote un disgusto más a casa cada domingo.

La filosofía de nuestro club consistía básicamente en pasar un buen rato entre amigos o conocidos, hacer deporte ante todo, dejar en el terreno de juego las tensiones de la semana laboral y desconectar de ellas. Acabar los partidos sin ningún lesionado y si ganábamos (situación improbable)... lo celebraríamos. Quizás una idea demasiado alejada de la mía. Me costó casi un año asimilarla, aunque nunca lo hice del todo.

Una vez acabado el desayuno, conducir durante treinta minutos por la autovía y otros poco entre invernaderos a ambos lados de la carretera llegamos al campo de fútbol.

El reloj del salpicadero marcaba las once y cincuenta. A pesar de estar en pleno invierno aquella mañana hacía un calor más propio de primavera que de esas fechas. Al llegar al vestuario donde se encontraba parte del equipo, se me acercó el míster y me dijo entre media sonrisa:

- Hoy nos enfrentamos a un equipo más o menos de nuestro nivel.

Es el único partido que tenemos posibilidad de ganar...

Que dijese que el equipo contrario fuese de nuestro nivel no fue un aliciente para motivarnos, pero escuchar que teníamos posibilidades reales de ganar este partido hizo que mis ganas de empezar el partido creciesen de una

manera abismal. No podíamos desaprovechar la oportunidad de conocer el sabor de la victoria pues ¿quién sabe cuándo se iba a volver a repetir?

En este tipo de campeonatos la impuntualidad era bien conocida por todos. El encuentro comenzó con algo más de media hora de retraso. También lo era ver las gradas repletas de asientos de plásticos azules y vacíos de público. Apenas unos pocos estaban ocupados por familiares de uno y otro equipo ajenos a todo lo que ocurría en el campo. Es entendible, ¿quién iba a querer ver a veintidós treintañeros corriendo sin orden y con torpeza detrás de un balón durante poco más de noventa minutos?

Para mayor malestar de los pocos asistentes nos sorprendió un fuerte viento de poniente que no iba a impedir disputarse el encuentro, pero sí aumentar la incomodidad tanto de jugar como de ver el partido.

Fue a la una en punto de la tarde cuando ambos equipos saltamos al terreno de juego y junto a nosotros el señor colegiado, sólo uno. Vestíamos con nuestra indumentaria habitual compuesta por camiseta roja, junto a unos pantalones y medias negras. Mi dorsal en propiedad, aunque no lo elegí, era el nueve, tampoco era mi número preferido, ni tan si quiera correspondía con mi demarcación. En verdad sigo sin saber por qué llevaba ese número. De nuestro equipo no diré más de los que ya os he contado, y de su nombre sólo pondré las iniciales, por eso de que nadie se sienta ofendido, S'84.

Antes de que el árbitro repartiese suerte entre los capitanes, de elegir campo o pelota, nos reuníamos en nuestra mitad del campo formando en un corro donde nos animábamos para ganar, esta vez de verdad, el partido y para dar las últimas instrucciones de cómo debíamos jugar. Básicamente se limitaba en recordar que había que marcar algún gol.

Instantes después el árbitro tocó el silbato extendiendo su brazo derecho al frente, indicando con ello el inicio del encuentro. Los primeros minutos eran para tantear a nuestro rival, observar su disposición en el campo, localizar sus jugadores más peligrosos e intentar encontrar sus debilidades.

Tras unas cuantas idas y venidas sin orden, por ninguno de los dos equipos, llegó la primera ocasión de peligro para nosotros. Era el minuto dieciséis, el marcador aún no se había movido y el colegiado había señalado un saque de esquina a nuestro favor. Quizá esa fue la primera vez, en todo el campeonato, que más nos acercamos a la portería contraria.

Subieron los jugadores más altos a rematarlo, yo me quedé fuera de área esperando un posible rechace que nunca llegó. Tras un golpeo del balón con

efecto desde el saque de esquina, nuestro jugador más alto, libre de marca en altura, remató el balón con un fuerte cabezazo seco y certero que entró muy cerca de la escuadra sin que nada pudiese hacer el portero, salvo recoger el balón de la red.

Por primera vez en todo el campeonato nos adelantamos en el marcador, lo celebramos como si hubiésemos ganado la copa del mundo y aunque sabíamos que aún quedaba mucho partido quisimos celebrarlo como tal hazaña.

Nada más marcar el gol, las instrucciones cambiaron, teníamos que replegarnos todos atrás...Ellos empezaron a acercarse cada vez con más peligro, nosotros nos alejábamos de su portería, pero a pesar de los continuos ataques fueron incapaces de marcar algún gol en todo el primer tiempo. Con el resultado de uno a cero nos fuimos al descanso.

En el vestuario empezamos a ponernos el parche antes de que nos saliera el grano. Estábamos demasiado eufóricos, no estábamos acostumbrados a ir delante en el marcador. Los quince minutos del descanso sirvieron para concretar dónde iríamos a celebrarlo, olvidándonos que aún faltaba todo el segundo tiempo por delante. De la estrategia se habló poco, pues nada iba a cambiar. Encerrarnos atrás para salir al contragolpe con los jugadores más rápidos.

El árbitro dio inicio a la segunda parte del encuentro, del mismo modo que en el inicio sólo que esta vez éramos nosotros quienes sacábamos. El partido empezó a ser muy aburrido, al menos para mí. Dejamos de jugar al fútbol y empezamos a jugar a perder el tiempo. Eso no me gustaba, quería intentar marcar un gol y no desesperar al contrario con ese juego.

Recuerdo que sobre el minuto catorce llevábamos el balón controlado por la banda derecha. Acompañaba la jugada de cerca, cuando de pronto la vista se me nubló, el terreno de juego giraba a mi alrededor a una velocidad vertiginosa y poco después caí desplomado en el terreno de juego, no sin antes verme solo en una habitación completamente oscura, sentado en una vieja silla de madera y delante de mí una pequeña mesa cuadrada cubierta con un tapete verde. Segundos después, vi como caía rápidamente una por una las cartas de una baraja sobre el tapete, donde cada carta tenía impresa imágenes de distintas etapas de mi vida.

Todo lo acontecido hizo recordar a los presentes, dos desgracias futbolísticas que ocurrieron recientemente con otros futbolistas profesionales. Entrenadores, jugadores y el poco público que había corrieron entre gritos de

desesperación hacia donde yo me encontraba. Estaba bocabajo, con el cuerpo y el alma entregada. Había quienes se llevaban las manos a la cabeza, algunos se tapaban la cara, la mayoría lloraba al verme y otros gritaban desgarrando sus gargantas desesperadamente: -“¡¡¡Llamad a una ambulancia!!!”-. Mientras tanto, yo seguía tumbado en el terreno de juego, convulsionando, ajeno a todo lo que pasaba a mí alrededor y disfrutando de aquellas imágenes. Fueron unos pocos los que intentaron reanimarme, entre ellos mi amigo Raúl que es médico. Debo decir que es cierto que cuando estás en una situación de este tipo la vida pasa por delante de ti en pocos minutos y en forma de imágenes, ¡¡cuántos recuerdos que creía olvidados aparecen y daría todo por volver a revivirlos!! Ojalá nunca haya que pasar por este tipo de situaciones para poder vivir estos bonitos recuerdos, pero desgraciadamente yo la viví...